Por Osvaldo Soriano, desde Madrid

Displicentes, satisfechos, pasotas, por fin europeos, los españoles ven llegar el siglo XXI sin demasiada curiosidad. En sólo diez años, la clase dirigente de este país supo imaginar e imponer un proyecto político alternativo al franquismo para hacer frente a la crisis mundial y a sus propios fantasmas del pasado. Los costos sociales de la modernización se disimulan bastante bien y las calles de Madrid y Barcelona –como en todas las grandes ciudades– rebosan de consumidores ávidos de las últimas novedades de la tecnología y la inteligencia.

Los desocupados son el 20 por ciento y la ETA sigue con el terror, pero según una encuesta publicada esta semana por la revista *Cambio 16* el 82 por ciento de los españoles es feliz y el 84 por ciento está satisfecho con la vida que lleva.

Dentro de cinco años, el rey Juan Carlos y Felipe González, si es reelecto presidente, andarán de trajín en trajín para festejar al mismo tiempo los cinco siglos de la conquista, la exposición universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona. Entonces si sigue el ritmo de crecimiento actual, España vivirá su año de esplendor más rutilante luego de la caída del imperio. Entre tanto, la gente no luce tan posmoderna como en Francia ni tan politizada como en la Argentina pero consume cuanto le ofrecen y una muletilla se escucha a cada momento de labios de los jóvenes: "Hay que pasarla bien".

En verdad, para quienes no lo visitan desde hace mucho, este país es casi irreconocible. Llegando desde la decadente Buenos Aires, es un asombro. La primera sorpresa es que buena parte de las noticias de los diarios son buenas. Se construye aquí, se proyecta allá, se pasea por todas partes, se debate sin mucho ardor, pero con los medios más refinados. La modernidad está cayendo como la lluvia que se obstina estos días sobre Madrid.

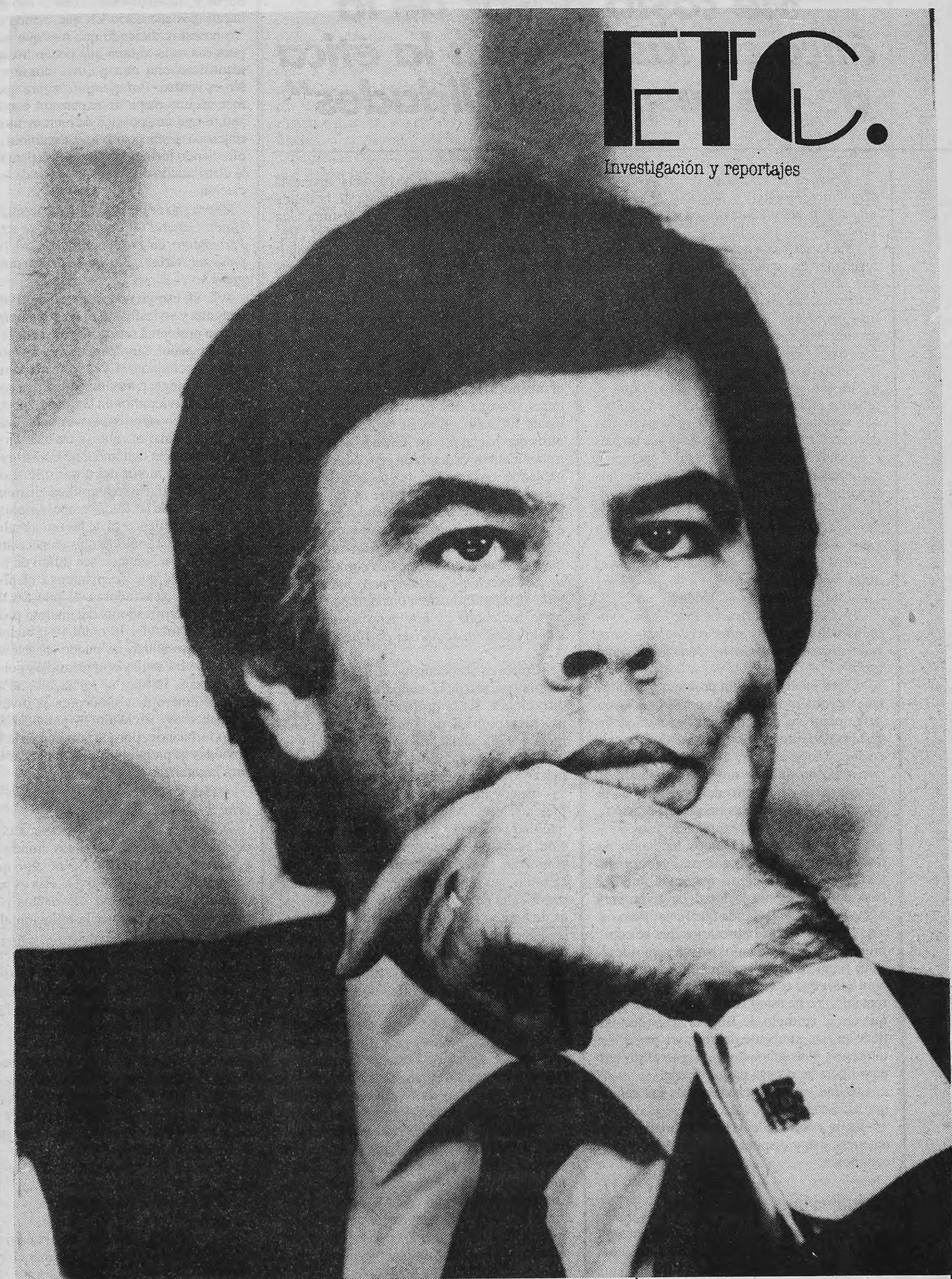
El aire es todavía provinciano, pero ése es también su encanto: un Rolls Royce estacionado frente a la casa de Lope de Vega, el jamón serrano y los quesos en una vidriera que alguien remodela para adecuarse a los nuevos tiempos. El Paseo de la Castellana y el bar Gijón siguen allí, por gracia de un dios cada vez más difuso y adinerado.

El jueves pasado en el Palacio de La Moncloa, Felipe González, que no tiene rivales difíciles ni a izquierda ni a derecha, pero sí en su propio partido, enciende un largo cigarro de La Habana ni bien se van los fotógrafos. Este es uno de los vicios que le gusta disimular, aunque todos se lo conozcan. Desde que Nicolás Redondo y Antón Saracivar, los jefes de la Unión General de Trabajadores (UGT, socialista) abandonaron el Parlamento en desacuerdo con el proyecto de presupuesto, Felipe no está más entre el 82 por ciento de los felices. El Frente Sindical del PSOE está en rebeldía porque como siempre, el costo de la reconversión industrial y la modernización lo pagan los que menos tienen.

Por eso, tanto discutir con unos y con otros, Felipe González llega a la entrevista que ha concertado con un grupo de periodistas de México, Uruguay y la Argentina. Lleva camisa blanca, corbata oscura y tiene un reloj que debe ser Seiko, Citizen, o algo no mucho más encandilador. Se disculpa, pero no mucho: después de todo es el presidente del gobierno de un reino que salió de las tinieblas y tiene como objetivo, en un cuarto de siglo, alcanzar el desarrollo de Holanda.

Este suplemento es una transcripción de las respuestas que González dio al enviado de **Página/12** y una selección de sus reacciones ante otras observaciones de los corresponsales latinoamericanos. Durante el transcurso de la entrevista –grabada también por el gobierno para mayor seguridad–, se sirvieron dos rondas de café y vasos de agua. Ninguna de las reflexiones de Felipe González dejará de provocar interés. Dirigentes y militantes políticos argentinos sabrán leer, más o menos entre líneas, las pragmáticas pasiones de este hombre de 45 años, que esta semana llegará en visita oficial a Buenos Aires. En la Argentina, Uruguay y México expondrá sus teorías sobre la deuda y las maneras de sacársela de encima a bajo costo. Algunos de sus compañeros del PSOE dicen que es lisa y llanamente reaccionario. El explica aquí, entre otras cosas, qué es ser socialista en 1987, al menos en España.

ETC.
Investigación y reportajes



Entrevista exclusiva con Felipe González

"SER SOCIALISTA ES PROFUNDIZAR LA DEMOCRACIA"

"Me costó pasar de la ética de las ideas a la ética de las responsabilidades"

–¿Cuál es el propósito de su visita a la Argentina, Uruguay y México? ¿Espera de ella algún resultado político o económico especial?

–Suelo ser bastante cauto en cuanto a los resultados de cualquier visita. Pero siempre hay objetivos para definir. Sería más que suficiente, para hacer éste y veinte viajes más como éste, el hecho de mantener la comunicación, el contacto. Pero hay muchas más cosas. Voy a llevar algunas iniciativas, que no son ni originales ni exclusivas, para el tratamiento de la deuda. Iniciativas que se refieren a conversión de crédito en capital, que acerquen a inversores a nuevas formas de capitalización de las economías de un país con deuda. Hemos hecho alguna operación que creo que saldrá bien con Bolivia: nos hemos puesto de acuerdo con otros para facilitarle el dinero suficiente para recomprar los títulos de su deuda al 10 por ciento de su valor nominal.

–Pero lo que está ocurriendo en Bolivia es atroz, señor Presidente.

–¿Lo de recomprar la deuda?

–Hay empresas privadas que están comprando Bolivia, hasta los ecologistas europeos se quedaron con un pedazo de territorio...

–Usted me habla de un problema distinto. Que el gobierno de un país tenga la ocasión de comprar su deuda es una operación de desalineamiento de una envergadura incalculable. Usted está hablando de otro problema, y yo no quiero entrar en ese análisis. Quiero decir que dentro del problema de la deuda, ésa es una de las líneas de solución.

–¿La capitalización también?

–No. Recomprar. Estamos hablando de dos cosas distintas. Una conversión de créditos en capital. Es cierto que cada país da parte de su economía nacional, de sus empresas, a cambio de la deuda que tiene. Pero no sólo hace eso. Los empresarios que se comprometen están obligados a meter un nuevo flujo financiero, un nuevo flujo de dinero, para hacer que esa inversión sea productiva y rentable. Yo he estado hablando de otra cosa que era el ejemplo de Bolivia, país que no tiene en este momento dinero para pagar los intereses, pues entonces consigue el dinero para liberarse de esa carga y punto.

–¿Usted va a proponer esto en los países que va a visitar?

–En la medida de las posibilidades que tenemos, estoy dispuesto a avanzar por esos caminos.

La inflación es reaccionaria

–¿Es posible también que el problema de la deuda latinoamericana termine en una suerte de borrón y cuenta nueva?

–Algunas veces cuento que los Estados Unidos, durante su independencia, pidieron un crédito de cincuenta millones de dólares a un pool de bancos holandeses. El crédito tenía sus condiciones e intereses, pero la verdad fue que el crédito se devolvió treinta años después de lo previsto y en condiciones financieras distintas. Estoy hablando de la historia. Pero ¿qué es lo que quiero decir? Hace algunos días estuve en Alemania, y uno de los temas que traté fue el de la deuda. Yo creo que la mayor parte de los países que tienen una deuda –no digo todos, pero sí la mayor parte– no están en condiciones de afrontarla. No sólo por la cantidad y la calidad del problema, sino porque además no existen las condiciones de comercio internacional que faciliten una salida a ese problema, ni siquiera con esquemas de refinanciación, o de financiamiento distinto, o con intereses distintos. El problema de los responsables políticos es que no tienen margen suficiente para decir esto con toda crudeza, salvo los deudores. Los deudores pueden decir: "No puedo pagar", porque sus pueblos no ponen ningún rechazo a eso, por el contrario. Pero los responsables políticos de los países acreedores tienen menos margen. Porque la deuda no es sólo de los estados –eso ya les crearía algún problema– es también una deuda privada y por consiguiente es difícil que eso lo entiendan los particulares.

Yo creo se va abriendo paso claramente la conciencia de que el problema de la deuda tiene que tener una respuesta distinta a la clásica. ¿Cuál va a ser esa respuesta? ¿Reducción del capital? Eso ya se está produciendo por la transferencia de deudas de unas entidades financieras a otras, que están comprando por el cincuenta por ciento, a veces por el 60, o por el 40. Debo añadir –para no caer en la tentación de quedar bien, que es lo que nos pierde a los políticos– que no es razonable que el tratamiento de la deuda sea el mismo, sin distinguir entre los países deudores. Porque hay países que han hecho y hacen un serio esfuerzo para resolverlo, y otros que hacen menos. Cuando se habla del tratamiento de la deuda en general, no se está hablando en nombre de los acreedores y, créame, tampoco en nombre de los deudores, porque tampoco los deudores quieren que se los trate igual a unos y a otros.

–Señor Presidente: en la Argentina cierta derecha suele ponerlo a usted como ejemplo de una excelente gestión, pero más allá de toda ideología, quisiera una definición de su parte sobre qué es hoy ser socialista. ¿Se siente usted un socialista de fines del siglo XX?

–Creo que el socialismo se define como la profundización de la democracia en todas las direcciones. Es la profundización de la democracia política, de la cultural, de la económica y de la social. Eso es socialismo y no otra cosa. Otra cosa es el comunismo, el marxismo-leninismo. Cada uno que tenga sus ideas y las defienda. El socialismo sólo pretende eso. Ahora, trasladémoslo a una realidad concreta y le contestaré por exclusión, porque a veces es verdad que con uno coinciden posiciones muy diferentes. Por ejemplo, yo creo que tener una balanza de pagos sana no es de izquierda ni de derecha, es de gente capaz de enfrentar el problema, de hacer una buena gestión. Creo que la política económica es instrumental, no es finalista; por consiguiente he llegado a la convicción, desde hace mucho tiempo, que si no nos funciona el instrumento de una política económica que genera riqueza, uno puede tener maravillosas ideas que nunca va a concretar. Tenemos que ser eficaces desde la economía para después elegir posición en política social. Yo quiero hacer la política social más igualitaria del mundo, pero ¿qué hago? ¿Repartir hambre? No me interesa una política social puramente ideologizada, en la que no tenga como instrumento básico una política económica que me permita desarrollar a mi país. Algunas cosas son muy crudas cuando las digo, y comprendo que suenen a heterodoxas. Yo creo que la inflación es reaccionaria, o dicho en otros términos, creo que ayuda a los poderosos. Si yo hago una política en defensa de los débiles, tengo la obligación de poner todos los instrumentos al servicio de la reducción de la inflación.

No, a veces la sociedad tiene que hacer sacrificios para ajustar sus desequilibrios económicos y, normalmente, cuando eso ocurre, hacen más sacrificio los que menos tienen. Yo no estoy diciendo que hay que esperar, pues ésa es la trampa que ponen los que me identifican con una política conservadora. No es verdad. Por ejemplo, ahora que estamos en una etapa de expansión económica vemos que una política de incrementos salariales no sería positiva. En cambio, estoy ofreciendo fórmulas alternativas para nivelar la distribución de la renta a través de la negociación.

–Pero ¿no es preocupante para usted que la Unión General de Trabajadores se retire del Parlamento en desacuerdo con su política presupuestaria? ¿No hay allí un problema grave?

–Sí, sí, eso yo no lo he negado. Usted me pregunta y yo le digo que, efectivamente, allí hay un problema serio. No sólo para el socialismo español, sino para el socialismo europeo en su conjunto. Es el problema de redefinir la estrategia para situaciones que son nuevas. Si estuviéramos en la fase keynesiana de desarrollo económico, lo razonable sería que la presión salarial, que se traduce en un incremento de la demanda, se constituyera en un auténtico motor del desarrollo. Lo razonable sería que intentáramos disminuir el crecimiento de las rentas empresariales sobre la base de aumentar el de las rentas salariales directas. Pero como lo que yo necesito para mi país ahora –aunque sea difícil de hacerlo entender– es que se mantenga el nivel de inversiones generadoras de puestos de trabajo y modernizadoras del aparato productivo por encima del 10 o del 12 por ciento de crecimiento anual, no puedo sacar esa diferencia de las rentas empresariales por la vía del salario. Porque si lo hago, ¿de dónde saco el dinero necesario para la inversión? Lo que estoy diciendo lo entendería muy bien Gorbachov, porque también en la Unión Soviética se preguntan de dónde sacar dinero para capitalizar la economía.

–¿Una política entre la estrategia y los principios, diría usted?

–Creo que a veces la estrategia se confunde con los principios. Además, hombre, uno puede estar equivocado. Yo no digo que ésa sea la solución, sólo digo que ésta es para mí una política progresista. Hacer una política progresista es mantener la inflación al nivel más bajo posible.

–Pero ése es también el razonamiento de Margaret Thatcher y de Helmut Kohl.

–En absoluto. Ese es un error de análisis. Ellos no se plantean cómo se redistribuye el crecimiento de la renta empresarial en relación con el salario, porque eso no forma parte de su ideología. Al contrario, premian el éxito empresarial, mientras que yo quiero seguir manteniendo una tensión hacia la igualdad. Lo que pasa es que no quiero hacerla contradictoria con los objetivos progresistas de una política social.

–Respecto a la modernización, de la que tanto se habla en América latina, ¿puede usted definir los principios que guían ese concepto?

–Los países que no plantean seriamente el desarrollo educativo no van a estar en condiciones de afrontar el desafío de transformación que la sociedad del futuro va a exigir. Eso es evidente. La revolución de las nuevas tecnologías tiene más que ver con el nivel de desarrollo intelectual que con la posesión de grandes riquezas. Fíjese que los microchips se hacen con arena... La materia prima no es muy importante, lo importante es el cerebro. En el futuro, el nivel de desarrollo de un país ya no se va a medir por las toneladas de acero producidas, sino por otros parámetros que surgen con las nuevas tecnologías. Desde mi punto de vista, antes que la discusión ideológica debe plantearse si se tiene o no la voluntad política de hacer que un país se desarrolle. Además de ese esfuerzo de modernización, uno tiene que tener el valor moral –si cree en él– de decir que esa revolución debe ser puesta al servicio de los ciudadanos, y no servir para el aprovechamiento de unos pocos. No se trata de crear una oligarquía del saber y del dinero sino de difundir un mayor grado de democracia –tradúzcalo bienestar– al conjunto de la sociedad. Pero ése es el segundo paso. Si uno piensa en el segundo paso, pero no se atreve a dar el primero, el segundo no tendrá ocasión de darlo.

"La gente sencilla no entiende de plusvalía, entiende de beneficios"

Gorbachov y el reino de los cielos

–Hay quienes dicen que usted está trabajando para darse los instrumentos que le permitan, más adelante, hacer una política socialista...

–No, yo no lo planteo así. Yo no digo que primero hay que crear riqueza para después repartírsela. Creo que éste no es un proceso de antes y de después. Lo que digo es que si la dinámica no es creación de riqueza no hay quien reparta nada. Por lo tanto, no estoy proponiendo un mensaje eclesiástico: "Esperen, que llegará el reino de los cielos".

Cuando un presidente está tocado

–En la Argentina, señor Presidente, los políticos se preguntan si conviene o no reformar la Constitución nacional para introducir un sistema parlamentario. Es un tema muy caro al presidente Alfonsín, que pensaba sobre todo en las virtudes del esquema parlamentario. En su opinión, ¿hay también desventajas serias a tener en cuenta?

–Ese es un debate político casi interminable. Yo creo que es muy difícil romper los hábitos de comportamiento de las sociedades. Cuando se hace una operación de cambio de funcionamiento de un sistema se debe medir que las conductas sociales no cambian con la rapidez que uno desearía. Pero al margen de eso, le diré que el sistema parlamentario tiene un margen de flexibilidad mucho mayor que el presidencialista. Ante una crisis cambia la mayoría, cambia la relación de fuerzas, pero a veces ni siquiera se disuelve la Cámara. O sí, y se convoca a nuevas elecciones. El sistema presidencialista garantiza una estabilidad mayor, pero el inconveniente es que cuando se deteriora una situación, arrastra a la máxima magistratura de la Nación. Y claro, cuando la mayor autoridad de la nación está tocada por crisis coyunturales, se plantea un problema operativo serio. Los dos sistemas tienen sus defectos y virtudes. En los sistemas parlamentarios hay un conflicto permanente –democrático, me refiero– entre la velocidad de crucero que la toma de decisiones le exige al Poder Ejecutivo, que es muy alta en una sociedad como ésta, y la capacidad del Parlamento para controlar al Ejecutivo. Ahí se produce una crisis de adecuación que no existe en el sistema presidencial. La solución es a mi juicio complicada: hay que intentar ver las tradiciones, los hábitos culturales y después ver cuántos problemas se resuelven en una y otra posición.



"Me costó pasar de la ética de las ideas a la ética de las responsabilidades"

–¿Cuál es el propósito de su visita a la Argentina, Uruguay y México? ¿Espera de ella algún resultado político o económico especial?

–Suelo ser bastante cauto en cuanto a los resultados de cualquier visita. Pero siempre hay objetivos para definir. Sería más que suficiente, para hacer éste y veinte viajes más como éste, el hecho de mantener la comunicación, el contacto. Pero hay muchas más cosas. Voy a llevar algunas iniciativas, que no son ni originales ni exclusivas, para el tratamiento de la deuda. Iniciativas que se refieren a conversión de crédito en capital, que acerquen a inversores a nuevas formas de capitalización de las economías de un país con deuda. Hemos hecho alguna operación que creo que saldrá bien con Bolivia: nos hemos puesto de acuerdo con otros para facilitarle el dinero suficiente para recomprar los títulos de su deuda al 10 por ciento de su valor nominal.

–Pero lo que está ocurriendo en Bolivia es atroz, señor Presidente.

–¿Lo de recomprar la deuda?

–Hay empresas privadas que están comprando Bolivia, hasta los ecologistas europeos se quedaron con un pedazo de territorio...

–Usted me habla de un problema distinto. Que el gobierno de un país tenga la ocasión de comprar su deuda es una operación de desalineamiento de una envergadura incalculable. Usted está hablando de otro problema, y yo no quiero entrar en ese análisis. Quiero decir que dentro del problema de la deuda, ésa es una de las líneas de solución.

–¿La capitalización también?

–No. Recomprar. Estamos hablando de dos cosas distintas. Una conversión de créditos en capital. Es cierto que cada país da parte de su economía nacional, de sus empresas, a cambio de la deuda que tiene. Pero no sólo hace eso. Los empresarios que se comprometen están obligados a meter un nuevo flujo financiero, un nuevo flujo de dinero, para hacer que esa inversión sea productiva y rentable. Yo he estado hablando de otra cosa que era el ejemplo de Bolivia, país que no tiene en este momento dinero para pagar los intereses, pues entonces consigue el dinero para liberarse de esa carga y punto.

–¿Usted va a proponer esto en los países que va a visitar?

–En la medida de las posibilidades que tenemos, estoy dispuesto a avanzar por esos caminos.

La inflación es reaccionaria

–¿Es posible también que el problema de la deuda latinoamericana termine en una suerte de borrón y cuenta nueva?

–Algunas veces cuento que los Estados Unidos, durante su independencia, pidieron un crédito de cincuenta millones de dólares a un pool de bancos holandeses. El crédito tenía sus condiciones e intereses, pero la verdad fue que el crédito se devolvió treinta años después de lo previsto y en condiciones financieras distintas. Estoy hablando de la historia. Pero ¿qué es lo que quiero decir? Hace algunos días estuve en Alemania, y uno de los temas que traté fue el de la deuda. Yo creo que la mayor parte de los países que tienen una deuda –no digo todos, pero sí la mayor parte– no están en condiciones de afrontarla. No sólo por la cantidad y la calidad del problema, sino porque además no existen las condiciones de comercio internacional que faciliten una salida a ese problema, ni siquiera con esquemas de refinanciación, o de financiamiento distinto, o con intereses distintos. El problema de los responsables políticos es que no tienen margen suficiente para decir esto con toda crudeza, salvo los deudores. Los deudores pueden decir: ''No puedo pagar'', porque sus pueblos no ponen ningún rechazo a eso, por el contrario. Pero los responsables políticos de los países acreedores tienen menos margen. Porque la deuda no es sólo de los estados –eso ya les crearía algún problema– es también una deuda privada y por consiguiente es difícil que eso lo entiendan los particulares.

Yo creo se va abriendo paso claramente la conciencia de que el problema de la deuda tiene que tener una respuesta distinta a la clásica. ¿Cuál va a ser esa respuesta? ¿Reducción del capital? Eso ya se está produciendo por la transferencia de deudas de unas entidades financieras a otras, que están comprando por el cincuenta por ciento, a veces por el 60, o por el 40. Debo añadir –para no caer en la tentación de quedar bien, que es lo que nos pierde a los políticos– que no es razonable que el tratamiento de la deuda sea el mismo, sin distinguir entre los países deudores. Porque hay países que han hecho y hacen un serio esfuerzo para resolverlo, y otros que hacen menos. Cuando se habla del tratamiento de la deuda en general, no se está hablando en nombre de los acreedores y, créame, tampoco en nombre de los deudores, porque tampoco los deudores quieren que se los trate igual a unos y a otros.

–Señor Presidente: en la Argentina cierta derecha suele ponerlo a usted como ejemplo de una excelente gestión, pero más allá de toda ideología, quisiera una definición de su parte sobre qué es hoy ser socialista. ¿Se siente usted un socialista de fines del siglo XX?

–Creo que el socialismo se define como la profundización de la democracia en todas las direcciones. Es la profundización de la democracia política, de la cultural, de la económica y de la social. Eso es socialismo y no otra cosa. Otra cosa es el comunismo, el marxismo-leninismo. Cada uno que tenga sus ideas y las defienda. El socialismo sólo pretende eso. Ahora, traslademoslo a una realidad concreta y le contestaré por exclusión, porque a veces es verdad que con uno coinciden posiciones muy diferentes. Por ejemplo, yo creo que tener una balanza de pagos sana no es de izquierda ni de derecha, es de gente capaz de enfrentar el problema, de hacer una buena gestión. Creo que la política económica es instrumental, no es finalista; por consiguiente he llegado a la convicción, desde hace mucho tiempo, que si no nos funciona el instrumento de una política económica que genera riqueza, uno puede tener maravillosas ideas que nunca va a concretar. Tenemos que ser eficaces desde la economía para después elegir posición en política social. Yo quiero hacer la política social más igualitaria del mundo, pero ¿qué hago? ¿Repartir hambre? No me interesa una política social puramente ideologizada, en la que no tenga como instrumento básico una política económica que me permita desarrollar a mi país. Algunas cosas son muy crudas cuando las digo, y comprendo que suenen a heterodoxas. Yo creo que la inflación es reaccionaria, o dicho en otros términos, creo que ayuda a los poderosos. Si yo hago una política en defensa de los débiles, tengo la obligación de poner todos los instrumentos al servicio de la reducción de la inflación.

Gorbachov y el reino de los cielos

–Hay quienes dicen que usted está trabajando para darse los instrumentos que le permitan, más adelante, hacer una política socialista...

–No, yo no lo planteo así. Yo no digo que primero hay que crear riqueza para después repartírsela. Creo que éste no es un proceso de antes y de después. Lo que digo es que si la dinámica no es creación de riqueza no hay quien reparta nada. Por lo tanto, no estoy proponiendo un mensaje eclesiástico: ''Esperen, que llegará el reino de los cielos''. No, a veces la sociedad tiene que hacer sacrificios para ajustar sus desequilibrios económicos y, normalmente, cuando eso ocurre, hacen más sacrificio los que menos tienen. Yo no estoy diciendo que hay que esperar, pues ésa es la trampa que ponen los que me identifican con una política conservadora. No es verdad. Por ejemplo, ahora que estamos en una etapa de expansión económica vemos que una política de incrementos salariales no sería positiva. En cambio, estoy ofreciendo fórmulas alternativas para nivelar la distribución de la renta a través de la negociación.

–Pero ¿no es preocupante para usted que la Unión General de Trabajadores se retire del Parlamento en desacuerdo con su política presupuestaria? ¿No hay allí un problema grave?

–Sí, sí, eso yo no lo he negado. Usted me pregunta y yo le digo que, efectivamente, allí hay un problema serio. No sólo para el socialismo español, sino para el socialismo europeo en su conjunto. Es el problema de redefinir la estrategia para situaciones que son nuevas. Si estuviéramos en la fase keynesiana de desarrollo económico, lo razonable sería que la presión salarial, que se traduce en un incremento de la demanda, se constituyera en un auténtico motor del desarrollo. Lo razonable sería que intentáramos disminuir el crecimiento de las rentas empresariales sobre la base de aumentar el de las rentas salariales directas. Pero como lo que yo necesito para mi país ahora –aunque sea difícil de hacerlo entender– es que se mantenga el nivel de inversiones generadoras de puestos de trabajo y modernizadoras del aparato productivo por encima del 10 o del 12 por ciento de crecimiento anual, no puedo sacar esa diferencia de las rentas empresariales por la vía del salario. Porque si lo hago, ¿de dónde saco el dinero necesario para la inversión? Lo que estoy diciendo lo entendería muy bien Gorbachov, porque también en la Unión Soviética se preguntan de dónde sacar dinero para capitalizar la economía.

–¿Una política entre la estrategia y los principios, diría usted?

–Creo que a veces la estrategia se confunde con los principios. Además, hombre, uno puede estar equivocado. Yo no digo que ésa sea la solución, sólo digo que ésta es para mí una política progresista. Hacer una política progresista es mantener la inflación al nivel más bajo posible.

–Pero ése es también el razonamiento de Margaret Thatcher y de Helmut Kohl.

–En absoluto. Ese es un error de análisis. Ellos no se plantean cómo se redistribuye el crecimiento de la renta empresarial en relación con el salario, porque eso no forma parte de su ideología. Al contrario, premian el éxito empresarial, mientras que yo quiero seguir manteniendo una tensión hacia la igualdad. Lo que pasa es que no quiero hacerla contradictoria con los objetivos progresistas de una política social.

–Respecto a la modernización, de la que tanto se habla en América latina, ¿puede usted definir los principios que guían ese concepto?

–Los países que no plantean seriamente el desarrollo educativo no van a estar en condiciones de afrontar el desafío de transformación que la sociedad del futuro va a exigir. Eso es evidente. La revolución de las nuevas tecnologías tiene más que ver con el nivel de desarrollo intelectual que con la posesión de grandes riquezas. Fíjese que los microchips se hacen con arena...La materia prima no es muy importante, lo importante es el cerebro. En el futuro, el nivel de desarrollo de un país ya no se va a medir por las toneladas de acero producidas, sino por otros parámetros que surgen con las nuevas tecnologías. Desde mi punto de vista, antes que la discusión ideológica debe plantearse si se tiene o no la voluntad política de hacer que un país se desarrolle. Además de ese esfuerzo de modernización, uno tiene que tener el valor moral –si cree en él– de decir que esa revolución debe ser puesta al servicio de los ciudadanos, y no servir para el aprovechamiento de unos pocos. No se trata de crear una oligarquía del saber y del dinero sino de difundir un mayor grado de democracia –tradúzcalo bienestar– al conjunto de la sociedad. Pero ése es el segundo paso. Si uno piensa en el segundo paso, pero no se atreve a dar el primero, el segundo no tendrá ocasión de darlo.

"La gente sencilla no entiende de plusvalía, entiende de beneficios"

Cuando un presidente está tocado

–En la Argentina, señor Presidente, los políticos se preguntan si conviene o no reformar la Constitución nacional para introducir un sistema parlamentario. Es un tema muy caro al presidente Alfonsín, que pensaba sobre todo en las virtudes del esquema parlamentario. En su opinión, ¿hay también desventajas serias a tener en cuenta?

–Ese es un debate político casi interminable. Yo creo que es muy difícil romper los hábitos de comportamiento de las sociedades. Cuando se hace una operación de cambio de funcionamiento de un sistema se debe medir que las conductas sociales no cambian con la rapidez que uno desearía. Pero al margen de eso, le diré que el sistema parlamentario tiene un margen de flexibilidad mucho mayor que el presidencialista. Ante una crisis cambia la mayoría, cambia la relación de fuerzas, pero a veces ni siquiera se disuelve la Cámara. O sí, y se convoca a nuevas elecciones. El sistema presidencialista garantiza una estabilidad mayor, pero el inconveniente es que cuando se deteriora una situación, arrastra a la máxima magistratura de la Nación. Y claro, cuando la mayor autoridad de la nación está tocada por crisis coyunturales, se plantea un problema operativo serio. Los dos sistemas tienen sus defectos y virtudes. En los sistemas parlamentarios hay un conflicto permanente –democrático, me refiero– entre la velocidad de crucero que la toma de decisiones le exige al Poder Ejecutivo, que es muy alta en una sociedad como ésta, y la capacidad del Parlamento para controlar al Ejecutivo. Ahí se produce una crisis de adecuación que no existe en el sistema presidencial. La solución es a mi juicio complicada: hay que intentar ver las tradiciones, los hábitos culturales y después ver cuántos problemas se resuelven en una y otra posición.

–¿Se siente usted el mismo Felipe González que ganó el gobierno hace cinco años?

–Yo me siento bastante idéntico a mí mismo, pero eso puede ser hasta presuntuoso. Tengo más experiencia de la que tenía entonces, obviamente, y me ha provocado un impacto muy fuerte pasar de la ética de las ideas a la ética de las responsabilidades. Imagínese que usted encuentra a una persona con ideas magníficas y que no le pide que exponga esas ideas, sino que firme un decreto acorde con ellas. En ese momento está afectando a millones de ciudadanos y les aseguro que entonces hay que amarrarse las botas, porque dependen de esa decisión las vidas de muchos hombres y mujeres. Eso sí lo siento. Ahora me paro a pensar mucho más lo que tengo que hacer, que lo que me paraba a pensar hace siete u ocho años.

La Moncloa: una nueva cultura política

–Para consolidar esta democracia, uno de los momentos claves en la política española habrá sido lo que se llamó el Pacto de La Moncloa. En la Argentina vuelve a hablarse de eso luego de la derrota del presidente Alfonsín en las últimas elecciones. Le pido una reflexión sobre las consecuencias históricas de aquellas jornadas.

–Vea, cuando hicimos aquellos pactos, el gobierno del presidente Suárez estaba en minoría e iniciábamos el proceso de transición democrática en un momento económico y político difícil. Y lo hicimos aquí, en este mismo salón, donde estuvimos catorce días. Fueron sesiones larguísimas, trabajando todas las fuerzas políticas del espectro. Todas. Desde los comunistas hasta la derecha más pura y dura. Pero la virtualidad del Pacto de La Moncloa no fue el grado de cumplimiento de esa multitud de folios que redactamos entre todos, aunque hubiera algunos documentos básicos. Lo bueno fue que se hiciera el acuerdo.

Me pide usted una reflexión y no un análisis de contenido: lo que de verdad tuvo importancia es que las fuerzas políticas de este país tan traumatizado en la historia por enfrentamientos no superables estuvieran dispuestas a sentarse a una mesa y al final decir ''estamos de acuerdo con este documento''. Después nos quejamos durante dos o tres años sobre si en la página siete había un artículo que no se cumplía, o en la catorce, o en la veintitrés, o en la ciento cuatro y empezamos a reprocharle al gobierno –que como siempre tiene la culpa de todo– que no cumpliera esto o lo otro, que no sé cuánto y que no sé qué. Pero hay que reconocer que la virtualidad de ese acuerdo estaba mucho más allá de su contenido. Ese esfuerzo creó una cultura política nueva que todavía tratamos de defender.

Hablando de España: "Pasen esa página de la historia"

–Otra cuestión candente en la Argentina, como en el Uruguay, es cómo se resuelve el pasado inmediato, ya que ambos países fueron gobernados por dictaduras que utilizaron el terrorismo de Estado. En Uruguay, el presidente Sanguinetti tendrá que dar marcha atrás en su decisión de preservar a los militares, porque es posible que haya un referéndum. En la Argentina, las diferentes medidas de perdón resueltas por el Gobierno, el Parlamento y la Justicia parecen haber sido contraproducentes para el partido oficialista. Usted ha dicho en algún momento que hay que ''dar vuelta la página''. ¿Qué quiso decir usted exactamente?

–Usted me pide, y yo lo comprendo, que vaya un poco más allá en la reflexión. Claro que la prudencia aconseja que no diga más de lo que debo decir. Yo, si usted quiere, puedo hablarle de España.

–Yo quería saber si usted está de acuerdo o no con lo que la derecha dice que usted dice, Presidente. En Argentina ciertos comentaristas utilizan sus declaraciones muy a menudo. ¿Ha dicho usted o no que hay que dar vuelta la página?

–Yo lamento que se usen mis palabras sesgadamente, porque trato de medir exactamente lo que digo. Y a veces ponen en mi boca cosas que no digo. O me malinterpretan. Y no porque no sea claro. Mire, yo puedo ser poco profundo, pero nunca oscuro. Yo he hablado muchas veces de la experiencia española, y aquí hay datos que tienen interés. Y no es transferible, ¿eh? Pero en la experiencia española de transición hay datos que tienen interés y deberían ser analizados con detenimiento. Venimos de una guerra civil que produjo centenares de miles de muertos y después de la guerra aún se produjeron otras decenas de miles durante la década del cuarenta. En España hay hoy muy pocas familias que no sientan como próxima la violencia de la guerra y la posguerra. Y también quiero añadir que esas familias no han olvidado a sus seres queridos, ¿por qué iban a olvidarlos? Lo que ocurre con todas esas familias, me atrevería a decir con el 98 por ciento de ellas, es que sin olvidar, no quieren que eso se repita. Y cuando dicen que no debe repetirse, están diciendo explícitamente ''pasen esta página de la historia que yo no voy a olvidar a los míos''. Eso en España ha ocurrido, excepción hecha de la ETA, pero ha ocurrido.

Créame que eso no es de derecha ni de izquierda, eso es un problema muy serio de responsabilidad política. Yo tengo mucho respeto por los jueces, por cada juez, pero no soy juez. Yo soy el presidente del gobierno de un país de 39 millones de habitantes que tiene a espalda una guerra civil, y luego una represión feroz. Y tengo que presidir este país con unos y con otros. Presidirlo también para mañana. Le estoy hablando de España. Si alguno me malinterpretara hará mal en hacerlo y aprovechar eso de una manera sesgada. Lo que le digo, lo siento en el fondo de mi corazón. He llegado a muchos sitios y cuando ha habido tensiones militares o atentados terroristas, gente muy humilde me ha dicho: ''Pónganse de acuerdo, es mejor partir el trozo de pan que volver a vivir lo que hemos vivido''. Bueno, yo creo que los políticos tienen que tener la oreja lista para oír eso. En España, en 1978, se tomó una decisión que se asumió por todas las fuerzas políticas, que fue la de la amnistía. No quedó absolutamente nadie en la cárcel, ni absolutamente nadie fuera del país que no pudiera volver y expresarse con toda libertad para defender sus ideas. Inmediatamente después se hizo una Constitución. Eso yo creo que marca lo que antes quise decir del paso de la página de la historia. De tal manera que a partir de entonces nadie tiene legitimidad –nadie– para usar la fuerza en defensa de sus propias posiciones. Eso es lo que ocurre en España desde el punto de vista histórico y eso es lo que entiende el 98 por ciento de los españoles o el 99, y hay un segmento muy reducido que no lo acepta y otro aún más reducido que sigue utilizando la violencia. Yo estoy dispuesto a facilitar el abandono de la violencia, lo que significa reinsertar a aquellos que no quieran seguir utilizándola en la vida social y política. No estoy dispuesto a dar nada políticamente a cambio. Porque no tienen ningún derecho. Ninguno.

"Marx ahora no sería marxista"

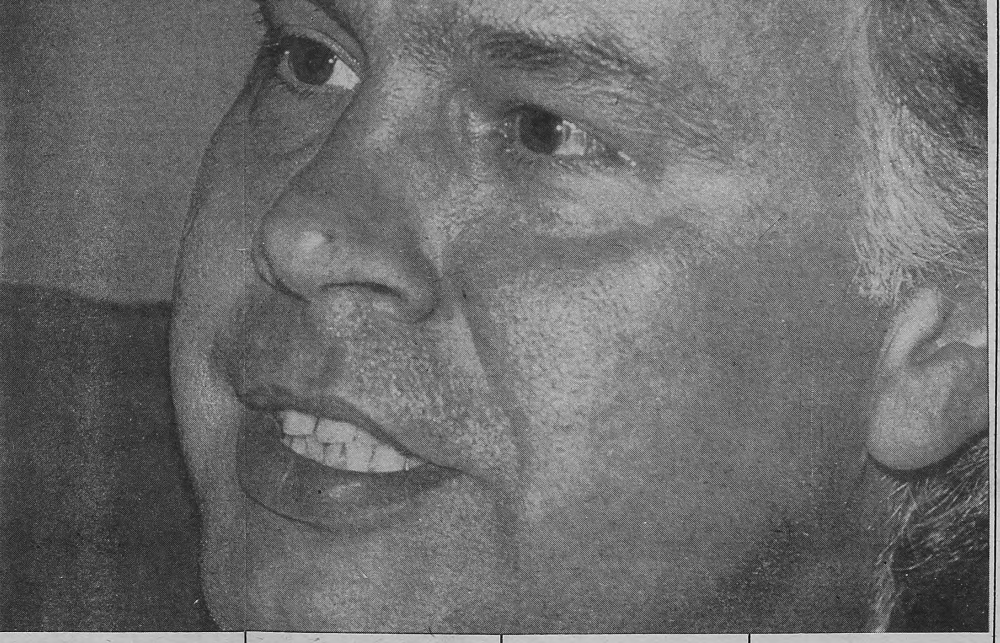
Inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente

–En enero próximo, el congreso de su partido va a debatir las tensiones ocurridas en estos días. ¿Cree usted que puede llegarse a algún tipo de acuerdo entre los socialistas?

–Mire, hay una crisis dentro del socialismo democrático, y no sólo en España. Esa crisis se debe a que la sociedad cambia muy rápidamente. Tiene exigencias distintas y hacen falta respuestas y estrategias diferentes. Entonces el socialismo tiene respecto de las ideologías conservadoras una dificultad: los conservadores atienden primero a los intereses y después articulan un discurso. Es quizás lo más definitorio de las ideas conservadoras. Nosotros los socialistas no. Nosotros hacemos primero un discurso de ideas y después tratamos de que nuestro proyecto coincida con los intereses. Con frecuencia, en el sur de Europa, nos hemos refugiado en esa cómoda solución que supone inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente. Yo noto que el lenguaje con el que comunicamos nuestras ideas ya no llega ni a la juventud ni al conjunto de la sociedad. Y no nos atrevemos a reformularlo porque nos sigue sirviendo como lenguaje tribal. Entonces es difícil sustituir el concepto de plusvalía. Llegan los tecnócratas y te hablan de excedente empresarial y les decimos que el concepto de plusvalía es más puro y más socialista. Y para colmo, la gente sencilla no entiende ni de plusvalía ni de excedente empresarial. En cambio, entiende maravillosamente lo que significa beneficio. Y los socialistas no abandonamos ese lenguaje tribal que nos da satisfacción. Si volvemos la espalda y vemos el retrato de Carlos Marx, pensamos que estaría de acuerdo. Pero eso es falso. Si viviera hoy, Marx no sería marxista.

–¿Y qué sería entonces?

–Naturalmente, Marx habría revisado buena parte de sus posiciones de hace un siglo. Tenía defectos y virtudes, como todos los seres humanos, pero hay un defecto que no tenía: no era tonto. Marx era muy listo. Por consiguiente hubiera revisado una gran parte de su teoría y de sus errores. Por eso no sería marxista ahora. Sería lo que le correspondiera ser en el momento actual. Lo que a mí más me preocupa del socialismo democrático, es que caiga en la tentación del conservadurismo ideológico. Ya el comunismo cayó en esa tentación durante muchos años, y ahora le costará un enorme trabajo sacudírselo. Que nosotros hagamos conservadurismo ideológico me parece una contradicción. ¿Por qué no tenemos el valor moral de mirar hacia adelante? ¿Por qué no lo hacemos en lugar de conservar, que no es muy propio de nuestra ideología? En fin, es un poco brutal lo que digo, matícelo por favor para que después no digan que es lo mismo que dicen los liberales, pues no es lo mismo. Ya lo dijo Prieto en el año 22 que era socialista a fuer de liberal. Es decir que cuando el liberalismo agotaba su propia lógica, él encontraba una respuesta que era la respuesta de la solidaridad, que sólo podía darle el socialismo.



–*¿Se siente usted el mismo Felipe González que ganó el gobierno hace cinco años?*

–Yo me siento bastante idéntico a mí mismo, pero eso puede ser hasta presuntuoso. Tengo más experiencia de la que tenía entonces, obviamente, y me ha provocado un impacto muy fuerte pasar de la ética de las ideas a la ética de las responsabilidades. Imagínese que usted encuentra a una persona con ideas magníficas y que no le pide que exponga esas ideas, sino que firme un decreto acorde con ellas. En ese momento está afectando a millones de ciudadanos y les aseguro que entonces hay que amarrarse las botas, porque dependen de esa decisión las vidas de muchos hombres y mujeres. Eso sí lo siento. Ahora me paro a pensar mucho más lo que tengo que hacer, que lo que me paraba a pensar hace siete u ocho años.

La Moncloa: una nueva cultura política

–*Para consolidar esta democracia, uno de los momentos claves en la política española habrá sido lo que se llamó el Pacto de La Moncloa. En la Argentina vuelve a hablarse de eso luego de la derrota del presidente Alfonsín en las últimas elecciones. Le pido una reflexión sobre las consecuencias históricas de aquellas jornadas.*

–Vea, cuando hicimos aquellos pactos, el gobierno del presidente Suárez estaba en minoría e iniciábamos el proceso de transición democrática en un momento económico y político difícil. Y lo hicimos aquí, en este mismo salón, donde estuvimos catorce días. Fueron sesiones larguísimas, trabajando todas las fuerzas políticas del espectro. Todas. Desde los comunistas hasta la derecha más pura y dura. Pero la virtualidad del Pacto de La Moncloa no fue el grado de cumplimiento de esa multitud de folios que redactamos entre todos, aunque hubiera algunos documentos básicos. Lo bueno fue que se hiciera el acuerdo.

Me pide usted una reflexión y no un análisis de contenido: lo que de verdad tuvo importancia es que las fuerzas políticas de este país tan traumatizado en la historia por enfrentamientos no superables estuvieran dispuestas a sentarse a una mesa y al final decir "estamos de acuerdo con este documento". Después nos quejamos durante dos o tres años sobre si en la página siete había un artículo que no se cumplía, o en la catorce, o en la veintitrés, o en la ciento cuatro y empezamos a reprocharle al gobierno –que como siempre tiene la culpa de todo– que no cumpliera esto o lo otro, que no sé cuánto y que no sé qué. Pero hay que reconocer que la virtualidad de ese acuerdo estaba mucho más allá de su contenido. Ese esfuerzo creó una cultura política nueva que todavía tratamos de defender.

Hablando de España: "Pasen esa página de la historia"

–*Otra cuestión candente en la Argentina, como en el Uruguay, es cómo se resuelve el pasado inmediato, ya que ambos países fueron gobernados por dictaduras que utilizaron el terrorismo de Estado. En Uruguay, el presidente Sanguinetti tendrá que dar marcha atrás en su decisión de preservar a los militares, porque es posible que haya un referéndum. En la Argentina, las diferentes medidas de perdón resueltas por el Gobierno, el Parlamento y la Justicia parecen haber sido contraproducentes para el partido oficialista. Usted ha dicho en algún momento que hay que "dar vuelta la página". ¿Qué quiso decir usted exactamente?*

–Usted me pide, y yo lo comprendo, que vaya un poco más allá en la reflexión. Claro que la prudencia aconseja que no diga más de lo que debo decir. Yo, si usted quiere, puedo hablarle de España.

–*Yo quería saber si usted está de acuerdo o no con lo que la derecha dice que usted dice, Presidente. En Argentina ciertos comentaristas utilizan sus declaraciones muy a menudo. ¿Ha dicho usted o no que hay que dar vuelta la página?*

–Yo lamento que se usen mis palabras sesgadamente, porque trato de medir exactamente lo que digo. Y a veces ponen en mi boca cosas que no digo. O me malinterpretan. Y no porque no sea claro. Mire, yo puedo ser poco profundo, pero nunca oscuro. Yo he hablado muchas veces de la experiencia española, y aquí hay datos que tienen interés. Y no es transferible, ¿eh? Pero en la experiencia española de transición hay datos que tienen interés y deberían ser analizados con detenimiento. Venimos de una guerra civil que produjo centenares de miles de muertos y después de la guerra aún se produjeron otras decenas de miles durante la década del cuarenta. En España hay hoy muy pocas familias que no sientan como próxima la violencia de la guerra y la posguerra. Y también quiero añadir que esas familias no han olvidado a sus seres queridos, ¿por qué iban a olvidarlos? Lo que ocurre con todas esas familias, me atrevería a decir con el 98 por ciento de ellas, es que sin olvidar, no quieren que eso se repita. Y cuando dicen que no debe repetirse, están diciendo explícitamente "pasen esta página de la historia que yo no voy a olvidar a los míos". Eso en España ha ocurrido, excepción hecha de la ETA, pero ha ocurrido.

Créame que eso no es de derecha ni de izquierda, eso es un problema muy serio de responsabilidad política. Yo tengo mucho respeto por los jueces, por cada juez, pero no soy juez. Yo soy el presidente del gobierno de un país de 39 millones de habitantes que tiene a espalda una guerra civil, y luego una represión feroz. Y tengo que presidir este país con unos y con otros. Presidirlo también para mañana. Le estoy hablando de España. Si alguno me malinterpretara hará mal en hacerlo y aprovechar eso de una manera sesgada. Lo que le digo, lo siento en el fondo de mi corazón. He llegado a muchos sitios y cuando ha habido tensiones militares o atentados terroristas, gente muy humilde me ha dicho: "Pónganse de acuerdo, es mejor partir el trozo de pan que volver a vivir lo que hemos vivido". Bueno, yo creo que los políticos tienen que tener la oreja lista para oír eso. En España, en 1978, se tomó una decisión que se asumió por todas las fuerzas políticas, que fue la de la amnistía. No quedó absolutamente nadie en la cárcel, ni absolutamente nadie fuera del país que no pudiera volver y expresarse con toda libertad para defender sus ideas. Inmediatamente después se hizo una Constitución. Eso yo creo que marca lo que antes quise decir del paso de la página de la historia. De tal manera que a partir de entonces nadie tiene legitimidad –nadie– para usar la fuerza en defensa de sus propias posiciones. Eso es lo que ocurre en España desde el punto de vista histórico y eso es lo que entiende el 98 por ciento de los españoles o el 99, y hay un segmento muy reducido que no lo acepta y otro aún más reducido que sigue utilizando la violencia. Yo estoy dispuesto a facilitar el abandono de la violencia, lo que significa reinsertar a aquellos que no quieran seguir utilizándola en la vida social y política. No estoy dispuesto a dar nada políticamente a cambio. Porque no tienen ningún derecho. Ninguno.

"Marx ahora no sería marxista"

Inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente

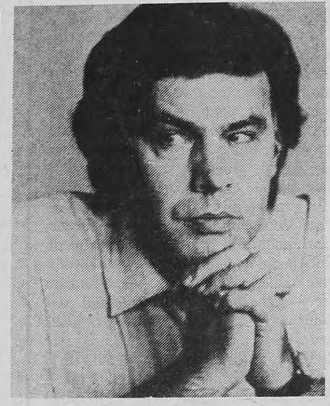
–*En enero próximo, el congreso de su partido va a debatir las tensiones ocurridas en estos días. ¿Cree usted que puede llegarse a algún tipo de acuerdo entre los socialistas?*

–Mire, hay una crisis dentro del socialismo democrático, y no sólo en España. Esa crisis se debe a que la sociedad cambia muy rápidamente. Tiene exigencias distintas y hacen falta respuestas y estrategias diferentes. Entonces el socialismo tiene respecto de las ideologías conservadoras una dificultad: los conservadores atienden primero a los intereses y después articulan un discurso. Es quizás lo más definitorio de las ideas conservadoras. Nosotros los socialistas no. Nosotros hacemos primero un discurso de ideas y después tratamos de que nuestro proyecto coincida con los intereses. Con frecuencia, en el sur de Europa, nos hemos refugiado en esa cómoda solución que supone inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente. Yo noto que el lenguaje con el que comunicamos nuestras ideas ya no llega ni a la juventud ni al conjunto de la sociedad. Y no nos atrevemos a reformularlo porque nos sigue sirviendo como lenguaje tribal. Entonces es difícil sustituir el concepto de plusvalía. Llegan los tecnócratas y te hablan de excedente empresarial y les decimos que el concepto de plusvalía es más puro y más socialista. Y para colmo, la gente sencilla no entiende ni de plusvalía ni de excedente empresarial. En cambio, entiende maravillosamente lo que significa beneficio. Y los socialistas no abandonamos ese lenguaje tribal que nos da satisfacción. Si volvemos la espalda y vemos el retrato de Carlos Marx, pensamos que estaría de acuerdo. Pero eso es falso. Si viviera hoy, Marx no sería marxista.

–*¿Y qué sería entonces?*

–Naturalmente, Marx habría revisado buena parte de sus posiciones de hace un siglo. Tenía defectos y virtudes, como todos los seres humanos, pero hay un defecto que no tenía: no era tonto. Marx era muy listo. Por consiguiente hubiera revisado una gran parte de su teoría y de sus errores. Por eso no sería marxista ahora. Sería lo que le correspondiera ser en el momento actual. Lo que a mí más me preocupa del socialismo democrático, es que caiga en la tentación del conservadurismo ideológico. Ya el comunismo cayó en esa tentación durante muchos años, y ahora le costará un enorme trabajo sacudírselo. Que nosotros hagamos conservadurismo ideológico me parece una contradicción. ¿Por qué no tenemos el valor moral de mirar hacia adelante? ¿Por qué no lo hacemos en lugar de conservar, que no es muy propio de nuestra ideología? En fin, es un poco brutal lo que digo, matícelo por favor para que después no digan que es lo mismo que dicen los liberales, pues no es lo mismo. Ya lo dijo Prieto en el año 22 que era socialista a fuer de liberal. Es decir que cuando el liberalismo agotaba su propia lógica, él encontraba una respuesta que era la respuesta de la solidaridad, que sólo podía darle el socialismo.





LA OTRA ESPAÑA

Por Máximo Soto

En Avenida de Mayo –en qué otro lugar podía ser– dos viejos elegantes se solazan ante una disquería. Una vez más, inextinguiblemente, el casi porteño Joan Manuel Serrat divulga los prodigiosos versos de Machado: Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. Una de las dos Españas ha de helarte el corazón. La música se suspende como llamando a la cavilación. Esa pausa permite que, con inocultable acento castellano, uno de los hombres indague al otro: ¿Sabes cuáles son esas dos Españas? Y antes que el otro ose contestar, principia un largo poema: La España de charanga y pandereta, cerrado y sacristía, devota de Fascuelo y de María, de espíritu burlón y de alma quieta... ya sobre el final marca la segunda España: Una España implacable y redentora, España que alborea con un hacha en la mano vengadora, España de la rabia y de la idea. Dos muchachos, look muy heavy metalero, lo miran boquiabiertos. Desde la disquería explota un rock muy violento. Los viejos sacuden la cabeza en un vamos. Un muchacho se atreve: Esperen, éstos también son españoles, de la segunda España, ésa de la rabia y de la idea. Los viejos, incrédulos, esbozan una sonrisa.

España, desde las raíces, siempre tan cerca del corazón. Acaso por eso, en uno de los pocos poemas memorables de la literatura argentina, César Fernández Moreno descubre que pasear por España es volver a casa de mamá y comprender que se es, simplemente, un neo español. Un español nuevo. Aunque no tan nuevo como esos nuevos españoles capaces de reinventarse una España como si tal cosa, como si fuera fácil despertar de una larga pesadilla.

Desde los orígenes las dos Españas estuvieron presentes, palpitantes, en América latina. Vinieron a los tumbos los barquitos pintados entre los camalotes de la corriente zaina. Trajeron forajidos, delincuentes, sifilíticos, curas y pobres hidalgos tan locos casi como el de la triste figura. Cargaban la cruz y la espada para, a sangre y fuego, hacerse su conquista. Sin quererlo, fueron fundando patrias. Y por esa cosa siestera, tan hispana, por esa inercia, tan ibérica, se fueron quedando y dando a luz criollos revoltosos, que como buenos hijos quisieron ser. Y para ser hay que ser independiente. Los libertadores fueron españoles de este lado, que tomaron los hábitos allá, y se volvieron para ser santos de la espada. Para reconocerse verdaderamente distintos, los españoles de este lado hurgaron ideas prestadas: se afrancesaron, copiaron la constitución norteamericana, se embobaron con los ingleses luego de haberlos echado. Sedujeron inmigrantes por todos lados. Pero no pudieron dejar de seguir hablando español.

El periodista José Hernández logró con el poema más argentino ceñir el saber más profundo de la hispanidad. El día del escritor sirve para celebrar al inestable cultor de "la hora de la espada", al bardo nacional don Leopoldo Lugones. Quien según Borges adoleció de dos supersticiones muy españolas: la creencia de que el escritor debe usar todas las palabras del diccionario, y que en cada palabra el significado es lo esencial y nada importan su connotación y su ambiente. Devociones semejantes estuvieron presentes en la tediosa prolijidad de Enrique Larreta, en las travesuras de Arturo Capdevila, en la jerga extraterritorializada de algunos exiliados de los tiempos del Proceso.

Mas allá de la Independencia, España siguió estando presente en la cultura argentina. Una cultura menor digna de un imperio menor. Estuvo en la zarzuela, en la astracanada y en los inevitables clásicos. Después vinieron los bailes regionales y las representaciones nostálgicas de los inmigrantes pobres que sacaron morriña de sus maletas y construyeron Sociedades Gallegas, Aragonesas, Vascas, Catalanas. Cada una con su biblioteca. Cada una con su sala de actos y su escenario. Todas fueron semillero de cultura. Cultura pobre, pero cultura al fin, para un país pujante que convirtió a todos los españoles en gallegos. En tanto que los vascos, con su apellido sudado entre la bosta de las vacas, dieron lustre a la guía azul de la oligarquía.

Si en los teatros se ponían obras de Arniches o de los hermanos Alvarez Quintero, a veces se filtraba algún Valle Inclán. Sobre todo cuando venía de visita como otros ilustres: García Lorca, por ejemplo. Luego estarían los que se irían quedando, por amor o por la guerra: Gómez de la Serna, Alberti, Manuel de Falla.

Las sombras

Un mal día, el desafortunado guionista de la película *Raza*, pariente lejano de un pésimo pintor alemán, se alzaría contra la República. La Guerra Civil Española tendría ecos dramáticos en la Argentina. En Avenida de Mayo las dos Españas se enfrentarían a diario. Una al canto de *La Internacional*, la otra entonando *De cara al sol*. Una producía una diáspora de talentos que se refugiarían, sobre todo, en México y Argentina. Editores, que construirían un mundo cultural propio; pintores, tres nombres que llenan un siglo entero: Picasso, Dalí y Miró, y un cineasta que es origen del mejor cine: Luis Buñuel. Los de la otra España sacaban a relucir los pocos que le quedaban: Primo de Rivera, Lain Entralgo, Donoso Cortez, Eugenio d'Ors. Nombres de la guía de teléfonos frente a un Miguel Hernández.

Generaciones enteras de argentinos hicieron los pininos en la filosofía gracias al precario manual de García Morente. Salvador de Madariaga insistirá en que los latinoamericanos se repiensen. León Felipe enseñará a dar golpes de poesía sobre todas las mesas. Como a Sánchez Albornoz o a Gómez de la Serna, fue difícil no creerlos criollos.

Poco a poco la cultura española fue dejando de ser la de España. ¿A quién podía importarle lo que escribiera José María Gironella o Leopoldo Panero? La España de la cultura había echado raíces entre los latinoamericanos. Hasta que, de pronto, la cosa empezó a cambiar. ¿Qué era eso de que tuvieran una revista como *La Codorniz*, más osada que *Tía Vicenta*? ¿Qué eran esas películas de humor negrísimo, cuando en Argentina se pasaba de los teléfonos blancos al naturalismo testimonial? ¿Cómo podían escribir los Camilo José Cela y los Sánchez Ferlosio? ¿El enano fascista se estaba abreviando?

Mucho antes de que Francisco Franco Bahamonde, caudillo de España por gracia de Dios, hubiera muerto, ya había muerto. Como en una película de Saura. Se sumaban signos de un despertar que sorprendía por su celeridad, como si durante cincuenta años lo hubieran estado preparando. De este lado pasaban cosas que imitaban mal los tiempos oscuros de España. Y un buen día los argentinos se descubrieron llorando con el monólogo final de *Solos en la madrugada*. Una de las tantas películas españolas que abrumaban con su infrecuente calidad.

Los gozos

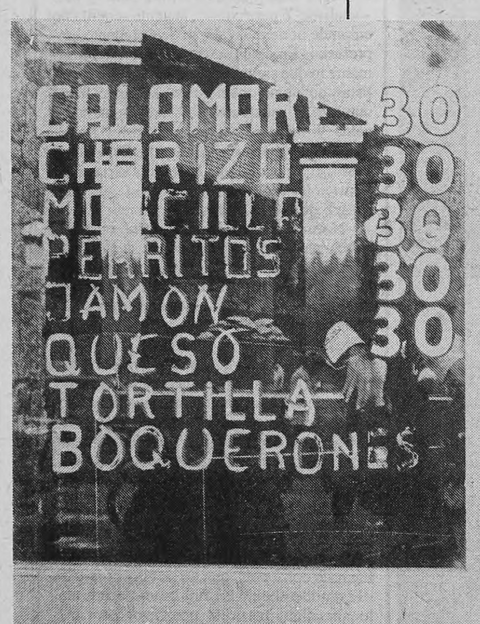
Muchos exiliados argentinos, en retribución de atenciones, invadieron España. Ayudaron y fueron ayudados. Incomodaron y fueron llamados *sudacas*. Pero unos y otros, y los que se quedaron del lado de acá, pudieron saber de una nueva España que ya no entraba en la clasificación de Machado. Una España que avanza a saltos sobre su postergación. Por momentos demasiado europea, demasiado posmoderna, demasiado snob, demasiado tilinga. Una España que comienza a ser envidiada.

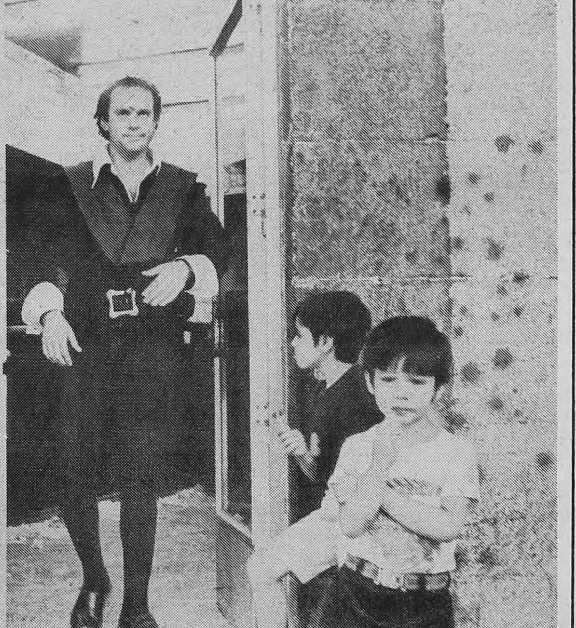
La televisión descubre *Los gozos y las sombras* de las épocas pasadas por España y a un clásico viviente: Gonzalo Torrente Ballester. También estarán *Los Pazos de Ulloa*, *Santa Teresa de Jesús*, *Verano azul* y muchas otras. Justo cuando los argentinos se habían convencido de que desde allí sólo podían venir Gaby, Fofó y Miliki. Gracias a la erotómana Corín Tellado, para las chicas, y el donjuanesco Marcial Lafuente Estefanía, para los muchachos, no se dejó de leer "literatura" española. Aunque los horribles manuales de Literatura Española, con sus imposiciones, llamaran a desistir en el atrevimiento de disfrutar de Cervantes, Manrique, Góngora, Lope o Calderón. Y aun cuando Borges aleccionara con sus fervores hacia Gracian y Quevedo con momentánea modestia, los españoles supieron digerir el *boom* de escritores latinoamericanos. A través de ellos redescubrieron el idioma, olvidado en tanta mala traducción que sorteaba la censura franquista. Y empezaron a ofrecer a Marsé, Vázquez Montalbán, Benet, Goytisolo. Hasta que a don Tierno Galván, profético y poético, socialista y conservador, se le ocurrió *la movida*, y convirtió a Madrid en otra que New York.

Más de un ensayista creyó ver la pobreza de España en su ausencia de pensadores. Los académicos eran estatuas de reciclar pensamientos trillados. Ortega y Gasset o Julián Marías, aburridísimos charlistas de derechas. Pero los nuevos tiempos, con su Fernando Sabater o Eugenio Trias, dan llamadas de atención, ponen en alerta.

Así como las señoras del Barrio Norte no se pierden un número de *Hola* y los intelectuales de Corrientes buscan *El Público*, *El Urogallo* o *La Luna*, del mismo modo Julio Iglesias es para el jet set fofo lo mismo que Paco Ibáñez o Serrat para los de la popular de izquierda. Porque España también tiene *La Polla Records* para los de cresta o pelos largos.

No por nada, los muchachos que se quedaron escuchando punk rock español en la disquería de Avenida de Mayo, luego de celebrar el ritmo, aprovecharon una pausa para decir: Loco, habría que darse una vuelta por España, hay mucha onda. Nunca antes hubieran dicho algo igual.







Las dos Españas: "la del charango y pandereta, cerrado y sacristía, de espíritu burlón y de alma inquieta" junto a la "implacable y redentora que alborea con un hacha en la mano vengadora, la España de la rabia y de la idea".